

Manuel A. Vidal

El señuelo

Un nuevo caso de Maldonado



OBRA GANADORA DEL I PREMIO
DE NOVELA NEGRA WILKIE COLLINS

M.A.R. Editor



Manuel A. Vidal

El señuelo

Un nuevo caso de Maldonado

*Obra ganadora del I Premio
de Novela Negra Wilkie Collins*

narrativa

M.A.R. Editor

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

De la obra: © Manuel Antonio Vidal

De la edición: © M.A.R. Editor

Junio de 2012

M.A.R. Editor

<http://www.mareditor.com>

© Foto de portada Fotolia

ISBN: 978-84-939322-4-4

Depósito legal: M-20378-2012

Diseño de la colección: Absurda Fabula

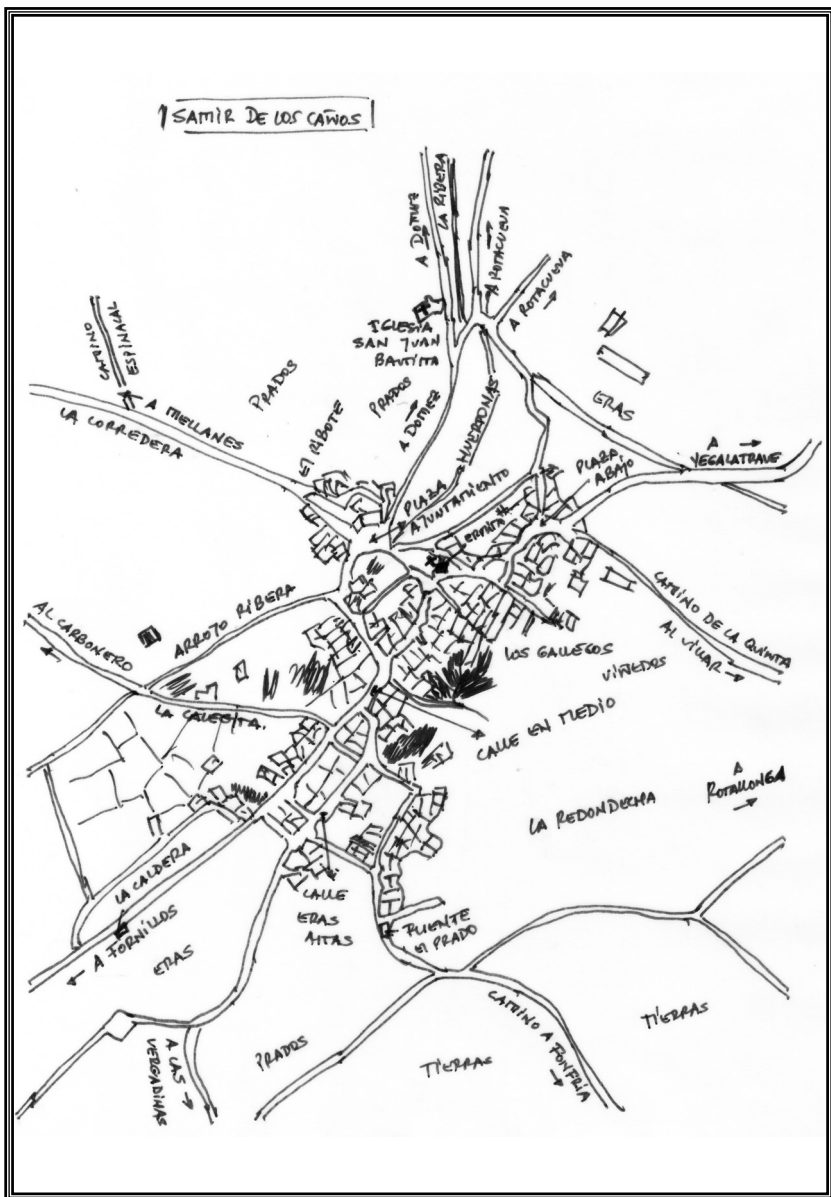
Imprime: Publidisa

Impreso en España.

A Piedad, a nuestros hijos Héctor, Rodrigo y Sara. A todos los vecinos y vecinas de Samir de los Caños y a mis alumnos y alumnas del Instituto María Zambrano, de Leganés.

Y...

A todos aquellos que colaboraron en la realización de la película EL CEBO, una de las joyas de la cinematografía española, como muchas otras, no lo suficientemente valorada



PLANO DE LA LOCALIDAD DONDE SE DESARROLLA LA ACCIÓN

*Regresarás a la tierra,
como el polvo que trae la lluvia de verano.*
(Manuel A. Vidal, «La fragilidad del ser»)

1

Volví al pueblo. Padre quiso dormir al lado de madre para siempre. El coche fúnebre subió la cuesta de la iglesia con carraspeo. Era mucha la inclinación. Fuera y dentro del pórtico se arremolinaban los vecinos, que esperaban con resignación para decir adiós al último de los *Cominos*, mote por el que se conocía a la familia de padre. Ni mi hermana mayor, Justa, ni mi hermano pequeño, Ricardo, ni yo, habíamos heredado su pequeño tamaño.

Cuando bajamos del coche, que había dispuesto la funeraria para los familiares, el grupo de rostros compungidos nos rodeó y se lanzó a abrazarnos. Duró solo un momento. De inmediato escuchamos el ruido de la portezuela trasera del coche fúnebre y mi hermano, junto con otros familiares y amigos, corrieron a sujetar el ataúd y llevarlo al interior de la iglesia donde el cura aguardaba con su casulla morada. Las campanas de la espadaña tocaban a muerto con impasible cadencia. Mayo entraba al aviso del refrán: *Cuando marzo mayea, mayo, marcea*. Un viento frío y fino se coló entre las ropas con indecoroso descaro. Me apreté el abrigo al cuerpo al sentir la primera tiritera, nada más cruzar el umbral que separaba la casa de Dios del reino de los hombres.

El interior del templo, apenas iluminado por un par de bombillas, ofrecía un silencio sobrecogedor, encumbrado en la

penumbra. Nos movíamos medio arrastrando los pies, ateridos por el dolor que siempre provoca la marcha de un ser querido.

Depositaron el ataúd sobre un catafalco construido con dos mesas tapadas por una tela negra. Los de la funeraria abrieron la tapa que dejaba al descubierto el rostro y se fueron. Uno a uno, los vecinos allí congregados, desfilaron para, en silencio, despedir a padre como Dios manda, cara a cara. Al término del atribulado desfile, el cura dio comienzo al funeral. Sus palabras cayeron como losas sobre mis recuerdos. No quise levantar los ojos de los bloques de granito que configuraban el suelo de la iglesia. En su centro se advertían pequeñas muescas. Padre... (la palabra me dolió de nuevo al rescatarla de la memoria), padre me dijo una vez que eran para colocar los reclinatorios que traían los vecinos para seguir la misa. No existían entonces las bancadas que hoy contribuyen al descanso de las posaderas de los fieles, porque no eran necesarias. Se pasaba todo el tiempo que duraba el culto o de pie o de rodillas. Quizá, porque Dios no quería acomodados innecesarios mientras su cuerpo se exponía impúdicamente por encima de la cabeza del sacerdote que oficiaba el rito festivo.

Apenas escuché nada de lo que el oficiante decía, leído de un papel amarillento. Se ve que, cuando joven, había escrito la homilía perfecta para la ocasión y no dudaba en repetirla cada vez que fallecía uno de sus feligreses. Me sonó a antiguo, como traído de otro tiempo, de la época en que las mujeres llevábamos velo y no nos mezclábamos con los hombres durante la ceremonia. También me pareció falso y poco sentido; palabrería rutinaria. Padre llevaba fuera del pueblo cerca de cuarenta años y, aunque era de misa frecuente, acudía para hablar con Dios personalmente. Nunca le vi rezar el padrenuestro o el credo en voz

alta, como hacíamos los demás. Pero no paraba de mover los labios, como si quisiera expresar lo que sentía al oído del Señor. Por eso fue normal que el cura se equivocase al decir su nombre. No era su feligrés, aunque fuera más del pueblo que la ermita de Nuestra Señora del Recuerdo o las ortigas que orillaban la güera de las huertas. Porque padre llevaba su lugar de nacimiento muy adentro, como las tripas o el corazón. Volvió a repicar la campana a muerto mientras el sacerdote echaba hisopazos al féretro y luego, cuando lo sacamos de la iglesia y lo llevamos al cementerio. Las lápidas se disponían en hileras guardando un cierto orden. Las más antiguas se arracimaban contra el costado norte de la iglesia, cerca del saliente de la sacristía. Las más modernas estaban más allá, en el lado de la ampliación que se había hecho recientemente. Madre había muerto, cuando éramos unos niños, de una mala enfermedad. Mi hermana Justa, la mayor tenía doce años, Ricardo seis y yo acababa de cumplir once. Padre no estaba en el pueblo. Vino de Baracaldo en cuanto recibió la noticia. Su rostro parecía un poema inacabado de León Felipe al abrazarnos, nada más dar tierra a madre. Siempre se culpó de su muerte. Hasta unos meses después no supimos el motivo.

Después de aguantar a pie firme las paladas de tierra que caían sobre el ataúd, haciendo un ruido como el crujido que resulta al pisar una cucaracha, nos quedamos a recibir el pésame de los vecinos. Uno a uno, pasaron, estrechando nuestras manos o besándonos y dejando suspendido en el aire el consabido *te acompaño en el sentimiento*. No sé cuántas veces soltamos un *gracias*, rutinario, pero a buen seguro que no tantos como las hilazas de nubes algodonosas que aderezaban el cielo. Para el final, quedaron los familiares más cercanos. Mi tía Josefa, que se había

resistido a abandonar el pueblo, pese a que sus hijos hacía años que habían ido a Barcelona a ganarse la vida. Y las primas, Inmaculada y Soledad, que esperaban con sus maridos para darnos un sentido abrazo. Las dos vivían en Zamora. Ambas eran primas carnales por parte de padre. Las dos nos superaban en edad y en altura. Buenas mozas, como todas las *Urracas*. Mientras aguardaba mi turno para el consuelo efímero, dejé que mi mirada se perdiera en la ladera que había más allá del Escobal. El trigo, alto y verde, se mecía al compás del viento, como si fuera un diminuto lago de hierba, formando olas que recorrían su irregular superficie, yendo a morir en las escobas y retamas que lo limitaban.

De repente, el rostro de mi prima Inmaculada me tapó la luz del sol, y el lago de olas esmeraldas desapareció, quedando arrinconado en la memoria. Sus ojos se posaron en los míos suavemente, como si fueran a alimentarse de su néctar. Nos abrazamos. Y, sin saber por qué, rompí a llorar. No lo había hecho desde que padre murió. Bastantes lágrimas había derramado durante su enfermedad. Después, se fue y, desde entonces, como si la desesperanza se me hubiera aferrado a la garganta, impidiendo que brotara el más mínimo gemido, me sequé por dentro. Y ahora, de nuevo, recuperando el dolor, dejé que mis esfuerzos por mantenerme fuerte se derrumbaran como un castillo de naipes. Nos separamos y nos miramos. Sentí un estremecimiento que me recorrió todo el cuerpo, como una descarga eléctrica. La tristeza de su rostro era tan infinita como el tiempo, y tan áspera y caliente como las arenas del desierto en plena canícula. Vi unas lágrimas diminutas aflorar a sus ojos, observé cómo le caían por las mejillas y morían en ambas comisuras de la boca. No hizo nada por quitárselas. Y supe por qué.

Su mirada se desvió hacia la puerta del cementerio, la que daba a la moral de la capilla de la Virgen. La otra, la que había frente por frente con el portalón de la iglesia, se empeñaba en vivir, caída como estaba hacia el prado de la tía Remedios y desgajada por la mitad por el mucho peso de su copa. Enmarcado en la puerta, que ya apenas se usaba, distinguí la silueta de un hombre. Tenía que haber seguido la ceremonia desde el principio, de forma discreta, sin hacer ruido. Y ahora debía de estar esperando a que todo terminase para dar media vuelta y marcharse. Lo reconocí. Había perdido parte del cabello por el amargo camino de la vida. Los hombros le caían vencidos, perdiendo su antigua esbeltez y, bajo el pecho, todavía firme, le asomaba una barriga de cincuentón poco cuidado. Era el guardia civil que tanto nos hacía reír en la escuela cuando, de vez en cuando, venía a mostrarnos la crudeza de la vida con ejemplos reales, vividos en su mayoría por él mismo.

Intercambiamos las miradas y sonrió. Luego, se fue, dejando el umbral de la puerta vacío.

Entonces, comencé a recordar.

No habían cumplido años ni la rosa ni el arcángel.
Todo, anterior al balido y al llanto.
Cuando la luz ignoraba todavía
si el mar nacería niño o niña.
Cuando el viento soñaba melenas que peinar
y claveles el fuego que encender y mejillas
y el agua unos labios parados donde beber.
Todo, anterior al cuerpo, al nombre y al tiempo.
Entonces, yo recuerdo que, una vez, en el cielo...
(Rafael Alberti, «Muerte y juicio»)

2

Padre volvió a Baracaldo, dejándonos con los abuelos. Esa primavera nevó. Por encima del manto blanco, las retamas mostraban sus flores amarillas con juvenil atrevimiento, las jaras hendían la nieve con sus pétalos blancos de fondo púrpura y los rosáceos destellos de las urces, salpicaban la blancura de frescor. Más abajo, en las Llameras, los codeosos, cadenciosos, dejaban desplomar su fulgor amarillento hacia el cauce semivacío del arroyo de las Cicuteras. Desde lo alto, los alisos y sauces, que daban sombra a los arroyos, parecían un reguero de hormigas sobre la nieve.

Nos despertamos. Los cristales de las ventanas estaban helados. Empañamos su superficie con el vaho de nuestro aliento y comenzamos a hacer figuras con los dedos. A Ricardo le habían enseñado a hacer el rostro de una mujer, utilizando dos números, el seis y el cuatro. Yo dibujé una montaña con un sol al fondo. Justa, borró todo. Quería ver la nieve cubriendo los tejados de las casas y los carámbanos colgando de sus aleros. Por un

momento olvidamos la muerte de madre, dejándonos llevar por la felicidad que solo es capaz de transmitir la naturaleza.

Nos volvimos al escuchar la voz de abuelo. Antes de ir a la escuela, teníamos que echar de comer a las vacas y a la burra, mirar si las gallinas habían puesto huevos y subir leña a la cocina. Padre nos había dicho que obedeciéramos en todo momento a sus padres, que eran muy buenos y que cuidarían de nosotros tan bien como lo había hecho madre. Pero, ya a los pocos días, comenzaba a dudarlo. Abuela te daba con el barretero en cuanto te descuidabas, dejándonos arañazos en las piernas. Y abuelo... mejor no pensar en lo que nos hacía abuelo. Aunque era lo normal en aquella época de palo y tente tieso, no se comparaba, ni de lejos, al trato que siempre nos dio madre, cuyas mejillas se arrebolaban cuando hacíamos alguna trastada, pero no pasaba de ahí. Nos hablaba y nos hablaba y nos hacía entrar en razón, tanto que, en ocasiones, parecíamos personas.

En la escuela nos enteramos de que habían cogido a dos furtivos que estaban a la espera del jabalí. Don Rufino, el maestro, nos explicó que nos estábamos portando muy mal con los animales, que los estábamos extinguiendo y que había que protegerlos por mucho daño que hicieran a las cosechas. Los cazadores eran de Lober y de inmediato alzó el brazo Zacarías para decir que su padre los conocía. Menudo sabiondo de mierda. Parecía tener en el brazo un muelle y siempre que el maestro preguntaba algo, ahí estaba él para responder. Todos los demás le teníamos manía, aunque me supongo que por aquél entonces sería más envidia que otra cosa. En el recreo, fuimos a casa a por una rebanada de pan con tocino. Después me llené los bolsillos de pequeñas chinas con las que rellenar las bolas de nieve; para que tuvieran más peso e hicieran más daño. A Justa le pegué

en la coronilla con todas mis fuerzas, se volvió, me persiguió por toda la calle y cuando me atrapó, me tiró al suelo para restregarme la cara con el hielo embarrado. Al acostarme la tenía todavía tan colorada, que parecía que hubiese estado todo el día tomando el sol.

Me acuerdo de todo lo que pasó ese día porque la prima Inmaculada, que ya había dejado la escuela, venía de llevar las vacas al prado de sus padres de Valdetolilla y pasó junto a nosotros sin decir nada. Traía el pelo medio alborotado y restos de surcos dejados por las lágrimas en la cara. Me crucé con su mirada de tristeza cuando le di con una bola de nieve bien cargada en la espalda y se volvió para ver quien había sido. Fue solo un instante. Al pronto, continuó su camino. Se lo comenté a Justa, con quien compartía pupitre. Nos pilló don Rufino cuchicheando y nos sacó a las dos a la pizarra para que le dijéramos cuáles eran los cabos más importantes de la vertiente norte de España. Yo solo me acordaba del Machichaco, porque me hacía gracia el nombre. Justa los dijo como si rezara una letanía, pero erró todos y cada uno, porque se equivocó de costa y el Topo nos devolvió al pupitre con una fuerte regañina en la conciencia. Al regresar a casa, abuela ya estaba enterada de todo. Se lo había dicho la madre de Zacarías quien, además de un sabiondo de mierda, era un chivato de mierda. Nos dejó sin merendar. Y allí quedamos las dos, en el astro, sentadas en el escaño, mientras nuestro hermano Ricardo se zampaba una rebanada de pan con manteca y miel rebajada con agua. Luego nos mandó a voltear la paja de la cuadra, con lo mal que olía, y tuvimos que acompañar a abuelo a por las vacas hasta el Caño. Aunque no fue eso lo peor. Durante el camino de ida, el padre de padre, al que todos en el pueblo llamaban el «tío Cominos», nos soltó una retahíla de

consejos aburridos, poniendo siempre de ejemplo a su hermano Matías, el cura, el que habían matado los *rojos* durante la guerra y que debía de ser el más espabilado de la familia, aunque de poco le sirviera, porque toda su sabiduría se la llevó la intolerancia del tiempo. Seguro que ahora estaba en el cielo dando sermones a los ángeles sobre cómo tendrían que comportarse para ser buenos. ¡Ya ves tú! ¡A los ángeles! Justa, que estaba más que harta de las reprimendas, aderezadas con cachetazos, de abuelo y de lo sabio e inteligente que era su hermano el cura, no aguantó más, se plantó y comenzó a decir:

—Abuelo, que estamos en el siglo veinte y...

No pudo acabar la frase. Recibió tal guantazo que cayó al suelo de culo. Las lágrimas se le secaron de rabia.

Ya de regreso, nos rezagamos y volví a sacar el tema de la prima Inmaculada.

—¿Tú qué piensas? —pregunté.

—No lo sé.

—¿Se habrá peleado con alguien? —insistí.

—Tú sabrás. Tú fuiste quien la vio.

—Como te dije en la escuela, tenía el pelo algo alborotado y se notaba que había llorado, pero no le vi ningún golpe. Ni siquiera un rasguño.

—Entonces puede que haya discutido con Paco, que es más bruto que un arado.

Y aquí cambió la conversación porque pregunté:

—Pero, ¿es que sigue con ese?

—Se muere por sus huesos.

—Pues no lo acabo de entender, siendo tan bruto.

—No te preocupes, que ya crecerás y entonces lo comprenderás todo.

Mira quien fue a hablar. En mi fuero interno me indigné, Justa sólo era año y medio mayor que yo y todavía no le habían crecido las tetas, así que, ¿qué podría saber que yo no supiera?

Es verdad que mi hermana siempre había sido más remilgada. Apenas le gustaba juntarse con los niños del pueblo, porque decía que todos eran unos bestias. Pero a mí me chiflaba enredarme con ellos. Ir de gorriones o de ranas, jugar a la estornija o al clavo o correr en la matanza detrás de quien llevase la vejiga del marrano en los pies para quitársela. De hecho, Justa me llamaba marimacho y yo señoritinga, porque una vez se lo había oído al médico, refiriéndose a la madre de Paula, quien se creía el ser más especial del pueblo. Abuelo le llamaba la divina, porque en cierto modo le recordaba a Sara Montiel, con sus aires de marquesa de medio pelo y sus modales arrabaleros. Ni me gustaba Paula, ni su madre; ahora, su hermano Josué, era otra cosa. Se sentaba detrás de mí en la escuela y se pasaba todo el tiempo pasándome la regla por el pelo. Decía que de mayor quería ser peluquero, yo más bien creía que sería ingeniero, porque de todos, era con mucho el más inteligente. A veces sorprendía con la resolución de un problema de matemáticas sin haber estudiado nada. Zacarías también lo resolvía, pero le costaba más trabajo y, además, se pasaba el día estudiando, porque su madre pensaba que tenía en casa una lumbrera que, de mayor, les iba a sacar de pobres. ¡Cuántas ilusiones depositan los padres en los hijos! ¡Y cuántas frustraciones se llevan!

Llegamos a mesa puesta, con los pies encharcados. En el transcurso del día, la nieve se había ido derritiendo, embarrando los caminos. Únicamente permanecía en las zonas de sombra de los valles o en los altos de Coreige, el Encino o Bouzas. En el Aliste, la nieve es tan bonita como efímera, especialmente la

que cae de improviso en primavera. Ricardo había ayudado a abuela a hacer la cena. Tuvo una temporada que le dio por ser cocinero y, siempre que podía, se plantaba ante los pucheros a remover el guiso. Abuela le dejaba, pero abuelo le llamaba maricón, porque las cosas de las mujeres no deben tentar a los hombres.

La casa estaba por encima de las Huertonas, casi enfrente de la Iglesia; separadas ambas por el pequeño valle que había forjado el arroyo de la Ribera con el paso de los años. Desde el ventano del sobrado, se veía el ala oeste del diminuto cementerio, que se pegaba a ese lado del templo como una lapa. Una cerca de piedras, encaladas con mortero, de unos dos metros de altura lo circundaba e impedía la visión de su interior. Pero nosotros, como estábamos en alto, veíamos desde nuestra habitación las lápidas, dispuestas en hileras irregulares. A Ricardo, que era con mucho el más sensible de los tres, le habían metido el miedo en el cuerpo con el cuento de las apariciones de los muertos durante la noche y corría siempre la cortina antes de acostarse. En cambio, a mí, me gustaba ver las estrellas desde la cama. Me pirraba contarlas cuando el sueño no me vencía nada más acostarme. A Justa le daba igual, su cama estaba apoyada en la pared de la ventana y no podía verlas fácilmente.

Pero aquella noche, justo en el momento en que mi hermano corría la cortina, vio una luz en el cementerio.

*Tan honda era la noche,
la oscuridad tan densa,
que ciega la pupila
si se fijaba en ella,
creía ver brillando entre la espesa sombra
como en la inmensa altura las pálidas estrellas.
¡Qué cosas tan extrañas se ven en las tinieblas!*
(Rosalía de Castro, «A la Luna»)

3

Ricardo se metió temblando, debajo de las sábanas de la cama que compartíamos.

—¿Qué te pasa? —pregunté, mientras le arropaba con mi cuerpo.

Justa se incorporó al escuchar mi voz, cogiéndose las rodillas con ambas manos.

—¿Qué sucede? —curioseó.

—Es Ricardo, no sé qué le pasa... Está temblando —respondí.

—Baja la voz —me dijo en un susurro— o quieres que abuelo se entere.

—Ven aquí y así podremos hablarnos al oído.

Justa recorrió la distancia que separaba ambas camas con los pies descalzos y se acostó con nosotros, dejando a Ricardo en el medio. Mi hermano pareció calmarse y empezó a hablar.

—He visto una luz en el cementerio.

—Sería un reflejo de la luna o de alguna de las bombillas que hay en este lado de la calle —le corrigió Justa.

—La luz se movía.

—¿Cómo que se movía? —insistió mi hermana.

—Sí —respondió Ricardo— iba de un lado para otro.

—Pero eso no puede ser, en el cementerio...

No la dejé terminar, me quité la sábana y la manta de encima y me acerqué sin hacer ruido a la ventana. En la negrura de la noche, apenas disimulada por unas cuantas bombillas, destacaba un punto de luz, que se movía nervioso por lo que debía de ser el cementerio. No estaba segura y así se lo hice saber a mi hermana. Justa se levantó y me relevó en la ventana, mientras yo volvía con Ricardo.

—Hay una luz —susurró—, pero es posible que sea un poco más allá, hacia el Carballo. Igual es un pastor que trae las ovejas de regreso.

—Por ese lado no hay ninguna parición —repliqué.

—Pues no sé que será, así que lo mejor es olvidarlo.

—Pero la luz estaba en el cementerio. Yo la vi —intervino Ricardo medio enfurecido.

—Pues ya no está —concluyó Justa, y luego, cargándose de razones por ser la mayor, ordenó—;A dormir!

El ruido de la puerta del sobrado al abrirse nos hizo arrebujarnos bajo las sábanas y hacernos los dormidos. Abuela subió, dio unos pasos por la habitación y se fue con el mismo sigilo con el que había entrado. Mi hermano ya no temblaba, pero tenía los ojos muy abiertos.

A la mañana siguiente, la nieve había desaparecido. Después de realizar nuestras tareas cotidianas y antes de desayunar, fuimos a ver lo que quedaba del muñeco de nieve que habíamos plantado delante de la puerta de la ermita. Sólo quedaba un bulto informe y alguien se había llevado el sombrero de paja que le hicimos y la patata que le pusimos como nariz. Los boto-